
Las Islas

Carlos Gamerro



TABLA DE CONTENIDOS

[Nota del autor](#)

[Acrílico y vidrio](#)

[El tatú cordobés](#)

[Video Malvinas](#)

[SIDE Shopping Center](#)

[La ecuación de la libertad](#)

[Surprise from Spain](#)

[Pinball - Tetris](#)

[Parque Chas](#)

[La vigilia](#)

[El Dorado](#)

[Club Med Borda](#)

[El diario del mayor X](#)

[Homo argentinus](#)

[La droga del dolor](#)

[La batalla de Longdon](#)

[La recuperación de Las Islas](#)

Gamero, Carlos

Las islas . - 1a ed. - Buenos Aires : Edhasa, 2013.

E-Book.

ISBN 978-987-628-236-9

1. Narrativa Infantil Argentina.

CDD A863

Diseño de colección: Pepe Far

Diseño de la cubierta: Juan Balaguer

Primera edición impresa en Argentina: abril de 2012

© Carlos Gamero, 1998, 2007, 2012

© de la presente edición en Ebook: Edhasa, 2013

España: Avda. Diagonal, 519-521- 08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20 - E-mail: info@edhasa.es

Argentina: Avda. Córdoba 744, 2° piso C -C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 43 933 432 - E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-236-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

A Diana
A Lucero

*El infierno de los vivos no es algo que será;
hay uno, es aquel que existe ya aquí,
el infierno que habitamos todos los días,
que formamos estando juntos.*

Dos maneras hay de no sufrirlo.

*La primera es fácil para muchos: aceptar el in-
fierno y volverse parte de él hasta el punto de
no verlo más.*

*La segunda es peligrosa y exige atención
y aprendizaje continuos: buscar y saber reco-
nocer quién y qué, en medio del infierno, no
es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio.*

ITALO CALVINO, Las ciudades invisibles

Nota del autor

Entre la primera edición de 1998 (que se reiteró casi sin cambios en 2007) y ésta que hoy propongo como definitiva, mediaron dos hechos fundamentales para la vida de la novela.

En 2011 escribí la obra de teatro *Las Islas*. Llevar las 600 páginas de la novela a las dos horas quince de función me permitió ver cuánto era posible sacar, sin que la potencia inicial sufriera. Al mismo tiempo, el trabajo con el director Alejandro Tantanian y nuestro inmejorable grupo de actores dio lugar a momentos de diálogo y acción que se integraron con tanta naturalidad a la historia que después, al revisar la novela para esta edición, los buscaba empecinado, incapaz de creer que no estuvieran. ¿Cómo, entonces, dejarlos afuera?

El otro fue haber colaborado en la traducción al inglés, realizada por mi despiadadamente meticuloso amigo Ian Barnett: una y otra vez, supuestos “problemas de traducción” encontraban su origen en inconsistencias, vaguedades o directamente errores del original, que ahora he intentado subsanar.

La memoria mejora los libros que nos han gustado: por eso a veces nos decepcionamos al releerlos. Mi esperanza es que quienes disfrutaron de *Las Islas* en su momento encuentren en ésta una versión a la altura de sus recuerdos.

Acrílico y vidrio

Una mosca, recién atrapada en la tela de araña, mientras la araña, repleta de haber comido, tarda en llegar, puede pasarla bastante bien si se relaja mientras espera. Los hilos son de una suavidad casi intangible, acompañan sin trabar cada movimiento del cuerpo, mientras no sea muy brusco. Es como estar tirado en una hamaca, en vacaciones, sin otra cosa que hacer que mecerse en la brisa y mirar el azul del cielo con los ojos entrecerrados. Sí, sí, podría quedarme toda la vida así tirado. Y si no me muevo demasiado estos hilos ni se sienten, son tan tenues, es como si flotara de espaldas en el aire. Sí, sólo se hacen reales cuando trato de zafarme.

No había conseguido librarme de esa imagen en toda la mañana; la tenía conmigo hora tras hora mientras tratando de levantarme me revolcaba entre las sábanas que a último momento siempre lograban envolverme; y cada vez que tras de uno de esos laboriosos y confusos razonamientos del entresueño matinal estaba a punto de convencerme de que no había nada de qué preocuparse, que no era más que otra entrevista laboral, la imagen de la mosca volvía a posarse en mi cerebro.

Quizás fue la hora a la que recibí el aviso, las once de la noche, seguramente el hecho de que en lugar de convocarme por teléfono o mandarme un correo electrónico vinieran hasta mi departamento y me tocaran el timbre –ni siquiera el portero, el timbre–. El tipo al que le abrí la puerta era ancho y musculoso como una grupa de caballo trajeada, llevaba el pelo entrecano y los bigotes hirsutos recién recortados, anteojos espejados a pesar de la hora y zapatos caros con una de cuyas

puntas trabó discretamente la puerta para que no pudiera cerrársela en la cara. Un servicio, claro; pero demasiado bien mantenido para ser de la SIDE o el ejército; parecía más bien uno de los tantos que en el último tiempo se habían privatizado. Me alargó un sobre abierto, de cuyo interior saqué una tarjeta: "El Sr. Fausto Tamerlán tiene el agrado de solicitar su presencia el día 1° de junio de 1992 a las 10.00 hs. En su despacho. Torre Dorada, Edificio Tamerlán e hijos, Puerto Madero". Parecía una invitación de casamiento.

–No faltes –dijo lacónico el matarife elegante cuando lo miré inquisitivamente–. Si no, voy a tener que venir a buscarle.

A lo largo de toda la mañana, desde las diez en punto, el teléfono había sonado a intervalos de quince minutos, una voz de secretaria dejando mensajes cada vez más urgentes en el contestador, los últimos casi ininteligibles por la nasalización de la voz y los hipidos del llanto, hasta que en el medio de una súplica entrecortada se interrumpió y una voz conocida la reemplazó en la línea. "Quince minutos", dijo apenas y cortó. Antes de que pasaran estaba peinado y vestido y navegando las calles de la ciudad en un 22 que parecía tener hilos pegajosos envolviendo todos los caños cromados, como si hace poco lo hubiera abordado un vendedor de algodón de azúcar, hasta tal punto que llegué a pensar que en lugar de levantarme había vuelto a quedarme dormido y seguía soñando con la tela de araña.

Conseguí asiento cuatro cuadras antes de bajarme, que agarré para no seguir pegado a los caños pringosos, y a través del vidrio verde de la ventanilla cerrada las vi, navegando el cielo por encima del agua cautiva de los diques y los huecos galpones rojos y las grúas de cuello vencido: las torres gemelas de Tamerlán e hijos emergiendo altas, limpias y cristalinas como montañas de hielo, en un montaje tan incongruente que parecía generado por computadora. Las había visto innumerables veces antes, como todos los habitantes de la ciudad, pero siempre era como la primera,

y necesitaba varios minutos para aceptar que realmente estaban ahí: menos irreales en el recuerdo que frente a frente, como si sólo la imaginación pudiera concebir que la extensión de aguas barrosas del Río de la Plata hubiera cristalizado en estos dos palacios de hielo sin mancha, se habían convertido para todos los porteños en un nuevo símbolo de su ciudad, rivalizando incluso con el obelisco, insípido y primitivo en comparación. Para una ciudad que en más de cuatrocientos años no ha conseguido sobreponerse a la opresiva horizontalidad de pampa y río cualquier elevación considerable adquiere un carácter un poco sagrado, un punto de apoyo contra la gravedad aplastante de las dos llanuras interminables y el cielo enorme que pesa sobre ellas; y ahora yo estaba por convertirme en uno de los contados mortales que en sus vidas disfrutarían del privilegio de conocerlas por dentro.

Me bajé a la entrada de Puerto Madero y comencé a recorrer la larga explanada que llevaba hacia ellas. De lejos, la profusión de soles invernales reflejada en sus innumerables ventanas espejadas las confundía en un bloque único, una estructura monolítica que por momentos parecía, más que un edificio levantado por hombres, una montaña acabada de nacer, inmaculada de erosión, empujada a través de la piel verde y tierna de la pampa por los retortijones subterráneos de algún cataclismo colosal. Pero a medida que me acercaba, con las manos en visera bajo las ramas desnudas de los jacarandás, la uniforme cumbre de hielo se separaba en las dos agujas idénticas que la componían: dos navajas alineadas filo contra filo que dejaban entre ellas un espacio intolerablemente delgado y perfecto a través del cual el rebote del sol sobre la plancha incandescente del río irrumpía con una violencia cegadora, casi sobrenatural. Salvo por el color oro de una y plata de la otra eran tan perfectamente iguales que resultaba fácil imaginar que se trataba de una sola, apoyada contra un espejo gigante; un espejo de oro donde se reflejaba dorada la torre de plata, un espejo de plata para crear la hermana plateada de la torre de oro.

Esta última era la que me tocaba, pero estaba tan mareado por los reflejos que, por las dudas, miré una vez más la tarjeta antes de entrar. Era peor de lo que me esperaba. Había espejos en las paredes, espejos en el techo, espejos en el piso, espejos en los espejos. En rigor, decir *en* resulta inexacto: no había ni paredes ni techo ni suelo fuera de los espejos, no había sino espejos, y yo flotaba embebido en ellos como si la ley de la gravedad y los puntos cardinales hubieran sido de pronto anulados. Apenas me atreví a unos pasos y ya me encontraba convertido en una especie de pólipo entreverado y proliferante, un dios hindú de diez piernas y cien brazos y un sistema planetario de cabezas. Mirar hacia arriba o hacia abajo no era mejor; los revestimientos de piedra negra del piso, de obsidiana o pirita pulidas hasta la demencia, trataban de tragarme hacia un lago de una profundidad insondable, de la que me protegía apenas la delgada película de hielo que pisaba. Hay algo aterrador en los espejos negros: uno ve en ellos su propia cara como si estuviera inalcanzablemente lejos, como si lo mirara desde el otro lado de la muerte; y el cielo no ofrecía consuelo: encendido de fuego blanco por los reflectores potenciaba en lugar de mitigar la tenebrosidad del lago, multiplicándose el uno al otro en un florecimiento de reflejos que casi impedía caminar. Envuelto por un torbellino de movimiento, como el único avanzando en cámara lenta a través de una filmación en cámara rápida, crucé las trayectorias de hombres y mujeres que como balas trazadoras corrían de un lado al otro, entraban y salían por puertas invisibles, convergían velozmente sobre sus formas reflejadas y a último momento, en lugar de estrellarse, se fundían con ellas y desaparecían. Al cruzarse se saludaban en un complejo ritual de insectos sociales, girando unos sobre otros en complicadas figuras de baile, algunos sacándose los anteojos espejados que la mayoría usaba y agitándolos en el aire al hablar. Parecía haber cientos, aunque era difícil decidir si se trataba de tantas personas o simplemente de la imagen de unas pocas repetida hasta el infinito en los cristales engañosos. Uno solo permanecía inmóvil, mirando

fijo en mi dirección a través de sus anteojos espejados que ahora parecían dos escamas desprendidas de la torre y pegadas a sus ojos.

–Recibí tu mensaje –le dije amigable.

–¿Se puede saber qué te pasó?

–Me quedé dormido –contesté poniendo cara de sueño, aunque después del mediodía la excusa raramente resultaba.

–El señor Tamerlán es muy estricto en cuestión de puntualidad –anunció–. No tolera ninguna tardanza en sus empleados.

–Yo no soy su empleado –comenté.

–Pero yo sí –me retrucó, y sin volver a hablarme empezó a caminar hacia los ascensores, mientras yo lo seguía correteando detrás, sintiendo una vez más el conocido sabor a pantuflas en la boca. Cuando lo alcancé introducía una tarjeta magnética entre dos paneles, uno de los cuales se deslizó hacia un lado para revelar un ascensor enteramente transparente–. Sólo para quienes tienen acceso directo al señor Tamerlán –masculló, dejándome apenas una ranura para pasar de costado–. Muchos esperan una vida sin usarlo –agregó, cargándome por los treinta pisos del viaje con un vago y a mi parecer algo injusto sentimiento de culpa.

En el camino pasaron ante mis ojos los sucesivos estamentos de la colmena de vidrio, y noté con asombro que la torre se *ordenaba* hacia abajo a medida que subíamos, la confusión demencial de los espejos dando lugar al orden geométrico del vidrio traslúcido, y enseguida me di cuenta de por qué: el techo espejado de cada nivel se volvía el piso transparente del superior, con lo cual la torre entera parecía estar creciendo a medida que subíamos, desplegándose piso tras piso cada vez más alta bajo nuestras suelas. A la velocidad que iba me resultaba difícil entender el plan general, la idea que la organizaba: debía tratarse de algo muy simple, para haber podido generar semejante complejidad.

El ascensor nos depositó –uso la palabra exacta, el piso se deslizó hacia adelante al llegar, con nosotros arriba– en

un salón absolutamente sellado, donde arco iris de espejos en paneles triangulares se desplazaban con lentitud de moluscos, imbricándose unos con otros en cambiantes diseños de caleidoscopio. Mi guía introdujo la tarjeta entre dos de ellos, y silenciosa y armónicamente fueron alineándose hasta formar un largo pasillo que reproducía, de los más cálidos a los más fríos, los colores del espectro.

—No te preocupes por el camino. Las paredes te lo van a señalar. Saludos a Verraco, cuando lo veas —agregó y, permaneciendo inmóvil sobre el piso antes de que pudiera preguntarle, desapareció en el ascensor como una mosca en la lengua de un sapo. Evidentemente, habían hecho sus averiguaciones.

A medida que avanzaba por el pasillo las paredes se volvían a entrelazar a mis espaldas, por lo que no tenía más remedio que seguir adelante. Desemboqué en un vestíbulo donde la agresión de los espejos era moderada por espesos tapices del Renacimiento en los cuales, como en cuadros de historieta, un ciervo era sucesivamente sorprendido, perseguido, alcanzado y se debatía mordido por los perros y atravesado por las flechas de los cazadores, agonizando en varios tonos de seda descolorida. Cuando me habló, lo hizo con la voz electrónica, sin emociones, de una computadora.

—Recuéstese, por favor.

Me recliné en un diván revestido de cuero negro tan blando que parecía fresco, y en el sillón haciendo juego a su cabecera se materializó una figura sentada. Antes que su sombra me llegó su olor, un olor a polvo soplado de libros viejos, a cenizas y a insectos muertos. Después lo vi reflejado en el espejo de la pared. Era un hombre de edad indefinida, pelo gris canoso y barba freudiana, anteojos gruesos y manos agarrotadas como las ramas de un rosal. Su tronco era macizo, un bloque de madera, pero piernas y brazos eran delgados como palitos, y con cuatro más hubiera quedado idéntico a una araña. Vestía pantalones de lana áspera y un saco de tweed pardo, abierto para que se destacara

contra la tela dura y celeste de la camisa la culata asomada de un arma automática. Giré.

–Vuélvase, por favor –dijo, y descubrí que esa voz electrónica era la suya natural.

Obedecí. Dos minutos pasaron en absoluto silencio.

–Vengo a ver al señor Tamerlán –expliqué, finalmente.

–¿Por qué?

–Él me llamó.

–¿Para qué?

–Supongo que necesitará de mis servicios –arriesgué.

–¿Cuáles?

–Especialista en seguridad de sistemas. Detección de anomalías. Redes telemáticas. Virus.

–Una palabra.

–Hacker –contesté sin dudar.

–El detector de metales –lo vi consultar apenas un comando incorporado al brazo de su sillón– indica un objeto extraño en su cabeza. Muéstremelo.

–No puedo. Está adentro.

–Aclare.

–Un pedazo de casco. Un casco de soldado. Un recuerdo...

–Ya hablaremos de sus recuerdos en otra ocasión –me cortó. No movía los ojos, sino que giraba la cabeza entera, como los insectos, cada vez que buscaba algo con la vista. Encontró la mía.

–No me mire. La cita era a las diez. Son las doce y media. Explíquese.

–Tengo problemas para levantarme a la mañana –dije–. Por eso espero hasta el mediodía. Las mañanas me dan miedo. Todas las noches me acuesto pensando: “Mañana. Mañana voy a poder”. Pero suena el despertador –mejor dicho, me habla un programa despertador que diseñé– y me lleno de angustia.

–¿Qué lo angustia?

–Sentir que los peores terrores de la noche no son comparables al horror de una mañana común y rutinaria. El peso del día. Desayunar. Ver por la ventana. Salir a la calle. To-

mar un colectivo. Una vez que lo estoy haciendo el temor desaparece, y hasta me resulta agradable y me llena de alegría. Pero mientras me debato entre las sábanas se me aparece todo aquello como la más terrible de las amenazas, y sufro horas hasta finalmente levantarme.

–Consecuencias.

–Cuanto más tardo en hacerlo, más se hacen realidad mis temores, y el resto del día transcurre en una neblina de ojos hinchados y mal gusto en la boca, una sensación de caminar sobre algodones sucios de hospital; lo que no impide que al día siguiente sea el miedo a que esto vuelva a suceder lo que me obliga a permanecer más tiempo aún en la cama, revolcándome y maldurmiendo de a ratos; pasado cierto umbral sé que el día está arruinado y razono que cuanto más tarde me levante menos de esa ruina tendré que soportar, aunque por supuesto cada hora que le sustraigo al horror intensificará el dolor embotado de las que faltan. A la noche, por todo esto, tengo insomnio y no concilio el sueño hasta la llegada del día, que es cuando todo el ciclo recomienza. Este... ¿me permite una pregunta?

–Sí.

–¿Usted es el guarda... encargado de la seguridad del señor Tamerlán?

–Sí. Soy su psicoanalista.

–¿Y el arma?

–¿Cuál?

–La palabra no. La otra.

–Ah. Lo protege de sus propias fantasías.

–¿No es para matar personas reales?

–Encontrará que en el caso del señor Tamerlán esa diferencia no se aplica en absoluto. Sígame –dijo, y cuando se incorporó advertí que no pasaba el metro cincuenta de altura. Bamboleándose inseguro en sus dos piernas –la costumbre de usar las ocho– me condujo a través de un panel de espejo que se abrió y cerró tan fluida y silenciosamente como si atravesáramos una pared de mercurio.

De chico, uno de mis momentos favoritos junto al Coyote y el Correcaminos era cuando, entusiasmado por atrapar

al pájaro burlón, el Coyote seguía caminando confiado sobre el aire sin darse cuenta, hasta que el otro le señalaba el vacío bajo sus pies, y recién ahí, como si las cosas sólo pasaran cuando tomamos conciencia de ellas, empezaba a caer. Di mis primeros pasos en la oficina del señor Tamerlán con el mismo espíritu inocente, y luego tuve que agarrarme de una columna. A través del grueso vidrio en el que mis pies se apoyaban los otros veintinueve pisos de la torre se desplegaban ante mis ojos, creciendo en abigarramiento y complejidad y disminuyendo en nitidez de nivel a nivel, como cuando uno mira hacia el fondo en un mar de aguas cristalinas que se van enturbiando a medida que aumenta la profundidad. Pisando con cautela –je je y acá no ponemos vidrio y vas a ver cómo más de un gil confiado de repente siente el aire...– recorrí varios paneles, haciendo las pausas sobre los más tranquilizantes nidos de vigas. Esta oficina constituía, aparentemente, el punto de visibilidad máxima, el único desde el cual todo el resto se hacía transparente; el único, en otras palabras –advertí con asombro– sin espejos. Era difícil decidir qué resultaba peor, si el caos enloquecedor de allá abajo, o este orden insoportable en que terminaba resolviéndose visto desde esta perspectiva de ventaja.

–Permanezca de pie, por favor –me dijo en tono de quien invita a tomar asiento el guardaespaldas, de cuya presencia me había momentáneamente olvidado; y deslizándose sin temor por los hilos de su tela tendida sobre el vacío se introdujo en un minúsculo cuartito lateral, cuya puerta transparente al pasar él giró sobre sí misma, volviendo hacia mí su cara espejada.

No me había dicho nada de no caminar, y como pasaban los minutos y me aburría lo hice hasta el imponente escritorio, medio anillo de grueso cristal templado hincado en tres soportes de roca viva, emplazado en el centro de la habitación. En uno de sus extremos se desplegaba una pequeña ciudad de monitores y pantallas de video, terminales de computadoras, centrales telefónicas y de fax, impresoras que cada tanto consumían murallas de papel continuo con